

10 30816
L-14

PERU
Donat

Pontificia Universidad Católica del Perú
BIBLIOTECA CENTRAL
DONATIVO

CARLOS CASTILLO MATTASOGLIO
(editor)

CAMINANDO EN EL AMOR
El pastor de una Iglesia viva

Homenaje al cardenal Juan Landázuri Ricketts
en el centenario de su nacimiento



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CARDENAL LANDÁZURI Y LOS INICIOS DE LA PASTORAL POPULAR EN LA ARQUIDIÓCESIS

Jorge Álvarez Calderón Pbro.

Quiero dar a estas líneas un carácter muy personal ya que he tenido al cardenal Landázuri como obispo la mayor parte de mi vida sacerdotal —desde mi ordenación en 1959 hasta la aceptación de su renuncia en 1990—; es decir, 31 años. Su vida, su personalidad y su sabiduría me han marcado profundamente, por ello quiero aprovechar esta publicación para dar testimonio de mi agradecimiento.

1960: MI LLEGADA Y NOMBRAMIENTO

Llegué a Lima en febrero de 1960, un año después de mi ordenación sacerdotal y seis meses después de la Primera Semana Social del Perú. A los pocos días de haber llegado y antes de haber ido a saludar al arzobispo Landázuri, monseñor Dammert, su obispo auxiliar, me llamó por teléfono y me dijo que el arzobispo me había nombrado párroco de San Juan Bautista de Lurigancho. La noticia fue una total sorpresa para mí. Yo acababa de llegar al Perú, no tenía ninguna experiencia pastoral. Sentí la benevolencia del arzobispo Landázuri hacia mi persona: un signo de confianza que yo no merecía y que me comprometía profundamente. Al día siguiente fui a saludarlo y a ponerme a su disposición. Con los años comprendí que ese era uno de sus rasgos de pastor: confiar en sus sacerdotes y darles la libertad para actuar. Es muy probable que el arzobispo tomara

esa decisión con monseñor Dammert, quien me conocía de tiempo atrás y era mi amigo¹. Eso no lo puedo verificar. Pero luego pude comprobar que esa actitud sí era uno de los rasgos de su personalidad: dar confianza a los que había elegido, creer en ellos y crear un ambiente de libertad evangélica en la arquidiócesis. En esas condiciones empecé mi vida de adulto, mi vida de pastor en comunión sana con mi obispo.

Yo nunca había ido a San Juan de Lurigancho. Sabía vagamente que estaba detrás del cerro San Cristóbal. El primer paso que debía hacer era acercarme al lugar: el padre Vicente Guerrero OP, hasta ese momento párroco interino, fue quien me introdujo en el sector con la amabilidad que lo caracterizaba. La parroquia era extensa, desde el cerro San Cristóbal hasta la hacienda Huachipa, y tenía tres tipos de pobladores: los trabajadores de las haciendas, que eran un grupo considerable venido sobre todo de la sierra, pero desgraciadamente muy disperso en las diferentes «rancherías» donde vivían; el pequeño grupo de la antigua reducción indígena llamada San Juan de Lurigancho, sede originaria de la parroquia, cuya iglesia quedó destruida en el terremoto de 1940 —en ese lugar residían algunos pocos trabajadores de las haciendas aledañas—; y finalmente, las invasiones de migrantes al lado este del cerro San Cristóbal, compuestas por unas 5000 personas. Este era el lugar más poblado de toda la parroquia. Ahí decidí establecer mi residencia para compartir mi vida con ellos y desde ahí, irradiar en las haciendas y en el pueblito.

El encuentro con esa gente pobre de provincias fue la gran experiencia de mi vida. Ahí encontré al Perú profundo que se hacía presente en nuestra capital. Era sobre todo gente de Ayacucho, Junín, Áncash, Cajamarca, Amazonas. Todos buscaban una vida digna y un futuro para sus hijos. Era algo nuevo para la población de Lima y para la Iglesia. El arzobispo ya había empezado a responder pastoralmente, primero con la Misión de

¹ Conocí a monseñor Dammert durante mis años de colegio. Él era asesor de la Juventud Arquidiocesana de la Acción Católica y yo pertenecía a la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos).

Lima, luego con la Primera Semana Social del Perú (1959). Pero todo estaba en sus inicios. Yo ingresé a la arquidiócesis justo en ese momento. Y descubrí, algunos meses más tarde, que ¡yo era el primer sacerdote de la arquidiócesis que era enviado a las barriadas!² Todos los otros eran extranjeros, que venían con gran espíritu de servicio y entrega pero que desconocían totalmente nuestra realidad. Yo, por ser de familia limeña, era igualmente un ignorante de esta nueva población del interior que estaban llegando y que era tan diferente de la Lima que yo conocía. ¿Cuál debía ser mi papel como pastor? ¿Cuál mi papel como peruano en relación con los misioneros que recién llegaban?

Mis primeras preguntas fueron: ¿qué tipo de presencia debo tener? ¿Qué tipo de pastoral debo implementar? Empecé con lo que tenía: una espiritualidad muy marcada por Carlos de Foucauld, espiritualidad de encarnación, como Jesús pobre. Eso orientó la elección de la casa y del estilo de vida sencillo y de puertas abiertas. También sirvió de mucho mi experiencia juvenil en la JEC y en la UNEC, que me aportaba un segundo criterio: la importancia de la formación de laicos y laicas comprometidos con la sociedad —esa sería una segunda convicción—. Finalmente, tomé las experiencias de renovación pastoral en las que me había iniciado en Francia antes del concilio: la renovación litúrgica, la catequesis bíblica, la orientación misionera. Eso tenía que implementarse.

Todo eso lo viví, como es comprensible, con inseguridad, a tientas, porque era consciente de estar en los inicios de mi vida adulta. Además en esos años preconciliares la Iglesia peruana carecía de muchas instancias pastorales para consultar, intercambiar, informarse. Y no había sino la experiencia incipiente de la Misión de Lima que recién estaba dando sus primeros pasos. Mi primera tarea tenía que ser muy personal: abrir los ojos, mirar, escuchar, convivir, aprender...

² El primer año recibí como vicario a un sacerdote francés recién llegado y los años siguientes tuve siempre uno o dos sacerdotes recién ordenados del seminario Santo Toribio: ¡menuda responsabilidad que se me daba!

EL APORTE DE LA MISIÓN DE LIMA

Ahí también tuve la suerte de encontrar al grupo de exalumnas del colegio nacional Rosa de Santa María, destinadas por el arzobispado, antes de mi llegada, a servir a la población del sector del cerro San Cristóbal a la que fui enviado. Ellas habían estudiado en el único colegio nacional que estaba en la Misión de Lima. Eran jóvenes de modestos recursos pero formadas por grandes mujeres como María Rosario Araoz y Beatriz Cisneros. La primera había sido la fundadora de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de San Marcos, mujer preparada, comprometida y con visión. Por la formación recibida, aquellas jóvenes no tenían la actitud paternalista —normal en esos años— que criticábamos de otros grupos de la Misión de Lima. La señorita Julia Alba era la presidenta del grupo y la responsable de la acción en el barrio. Con ella pude iniciar una acción promocional y solidaria muy interesante. Recuerdo sobre todo dos experiencias: la primera fue en relación con los alimentos y la ropa que nos venía de Cáritas. No quisimos hacer los clásicos repartos a los pobres, que se acostumbraban en esa época, sino más bien aprovechar la posibilidad para promover a la gente. Para ello organizamos a las personas beneficiarias. Su función era la de poner en marcha los repartos y también la de buscar los criterios para seleccionar a las personas necesitadas y llamarlas a la acción. Todas debían participar por turnos en el reparto. El resultado fue interesante y de hecho pudimos constatar después de un tiempo cómo varias empezaron poco a poco a asumir diferentes cargos en el barrio. La otra experiencia surgió por causalidad. Tuvimos que comprar la casa vecina a la nuestra para hacer las aulas que se necesitaban para las reuniones parroquiales de formación y de coordinación. Resultó que la señora que nos vendió la casa tenía un servicio eléctrico trifásico para un taller pero que ella utilizaba para vender la luz a un buen número de vecinos. No quisimos continuar con ese negocio, pero aprovechamos la oportunidad para organizar a las familias que recibían el servicio y hacerlas totalmente responsables de él. Esta fue una acción comunitaria que realmente fue muy valiosa pues

promovió a la gente y le permitió una experiencia nueva de acción solidaria sin dependencia de la parroquia. La obra de la Misión de Lima fundada por Landázuri, a través de esas exalumnas, nos permitió ese tipo de acción.

EL PUEBLITO DE SAN JUAN DE LURIGANCHO:

LA VENTA DE LOS LOTES

Eran los primeros meses de mi vida como párroco. Observé que a la misa dominical del pueblo venía muy poca gente pero lo extraño era que los que venían eran sobre todo varones. Eso, bien se sabe, no es lo común. Pero lo comprendí poco tiempo después. Noté que después de la misa, esos señores se me acercaban pidiéndome cada uno postergación o rebajas en los alquileres de sus casas. ¡Ahí recién me enteré de que las casas del pueblito eran todas de propiedad del Arzobispado desde las épocas de la Colonia! Así pues, los feligreses resultaban ser mis inquilinos. Evidentemente, eso iba a ser un condicionamiento grave para mi labor evangelizadora. Por eso, de inmediato fui a ver al arzobispo, quien me escuchó de manera atenta y preocupada. Recuerdo su respuesta inmediata: «Sí, esos lotes deben venderse, pero que sea la misma asamblea de pobladores la que fije el precio. Yo solo pido que sea justo y según sus posibilidades». Me sorprendió mucho esa reacción tan generosa y sabia. Inmediatamente fui a comunicársela a la población. Recibieron la noticia con gran alegría, era comprensible. Pero, lo que más me emocionó fue la calidad de la reacción del pueblo: tomaron muy en serio los dos criterios dados por el arzobispo. Apreciaron mucho su actitud tan noble y decidieron responder con la misma calidad. ¿Qué significaba eso de fijar el precio con el doble criterio que monseñor Landázuri había dado? Fueron necesarias dos asambleas para decidir el punto. Los pobladores, aún ahora, después de 50 años, recuerdan eso con mucha emoción. Aquella fue una enseñanza grande para mí por su valor tan humano y tan cristiano que llegó a promover, como consecuencia, una actitud similar en la población. Un pastor humano porque al ser cristiano, promovió igual actitud en el pueblo.

1962-1965: EL CONCILIO, LAS SEMANAS SACERDOTALES, LA ACTITUD DE LANDÁZURI

Para nuestra generación, el evento conciliar fue fundamental. Diferentes revistas, sobre todo del exterior, nos traían noticias del ambiente, las inquietudes, los debates. Era aire fresco, abría posibilidades inimaginables como tiempo antes.

En eso nos llegó la noticia de que un sacerdote francés, Fernando Boulard, pastoralista especializado en sociología religiosa, había llegado a dar unas charlas y estaba dispuesto a venir al Perú. Vimos la forma de invitarlo. Monseñor Landázuri, como arzobispo y como presidente de la Conferencia Episcopal, aceptó. El paso del padre Boulard fue clave para nosotros. Logramos que viniera dos años seguidos y pudimos organizar, con el apoyo del seminario, las primeras Semanas Sacerdotales en el Perú. La primera convocó a unos 200 sacerdotes de diferentes diócesis del país. ¡Al año siguiente vinieron unos 400! Nunca se había tenido una experiencia así. Fue la primera vez que se oyó hablar de Pastoral de Conjunto, del papel de los sacerdotes en la construcción de la Iglesia, de los criterios para la formación del laicado, etcétera. Monseñor Landázuri permitía que todo esto se hiciera, contribuía a que su Iglesia se despertara y empezara a ponerse de pie.

1965-1971: INICIO DE LA PASTORAL POPULAR: PAPEL DE LA JUVENTUD OBRERA CATÓLICA (JOC) Y LAS SEMANAS DE PASTORAL DE BARRIADAS (SEPABAS)

La Arquidiócesis de Lima aún no se había organizado pastoralmente; no había ni vicarías ni decanatos. En suma, no existía instancia para pensar y debatir las nuevas respuestas pastorales que la situación exigía. Los barrios marginales estaban creciendo. El cardenal había pedido a las congregaciones que querían abrir casa en Lima, que asumieran también una parroquia en barriada. Desde los años cuarenta y cincuenta habían llegado los dos primeros grupos misioneros expulsados de China:

los padres de Maryknoll, (EE.UU.)³ y los misioneros irlandeses (columbanos), que llegaron en 1953. A estos, el cardenal Guevara les había confiado en esa época, los nuevos barrios alrededor del Parque del Trabajo, a la salida norte de Lima y todas las haciendas hasta el río Chillón. Era un inmenso territorio que corresponde a lo que hoy son los distritos de San Martín de Porres, Los Olivos, Pro, Independencia, Tahuantinsuyo y el sector de la avenida Perú y «el Montón» en la margen izquierda del Rímac. A estas congregaciones se añadieron los Oblatos de María (Comas), los Clérigos de San Viator (Collique), los misioneros canadienses de Scarborough (Carabayllo) y en el sur, la Sociedad de Santiago Apóstol (Villa el Salvador), los Vicentinos, etcétera. Por el este, los jesuitas asumieron la responsabilidad de todo El Agustino; y los redentoristas, Vitarte. Era la única manera de atender esas nuevas zonas pues el clero de Lima a duras penas podía asumir la ciudad establecida.

Los padres de Santiago Apóstol habían abierto una escuela de idiomas para los nuevos misioneros, primero en Cieneguilla y luego en Barranco. Ahí no se les enseñaba solo el castellano; se vio la manera de introducirlos a la variada y compleja realidad social, cultural y política de nuestro país. Ahí pidieron a mi hermano Carlos, a la sazón asesor arquidiocesano de la Juventud Obrera Católica (JOC), que los ayudara en esa iniciación. A partir de eso la JOC, en su local del jirón Ucayali, se convirtió en un lugar de encuentro, aprendizaje, búsqueda y coordinación entre aquellos misioneros preocupados para responder cualitativamente a los nuevos retos pastorales. Eran unos 15 a 20 sacerdotes que se reunían periódicamente. Venían tanto del sector norte, como del sur, de El Agustino, de San Juan de Lurigancho, de Miramar, de Surquillo. Ahí empezamos una experiencia inolvidable: buscamos a personas que nos ayudaran a comprender al pueblo en el momento que vivía, buscamos a quienes no pudieran ayudar

³ Los Maryknoll vinieron sobre todo para Puno, pero luego se trasladaron a Lima en Lince y Balconcillo. Cuando el movimiento migratorio creció, fundaron la parroquia de la Ciudad de Dios en el sur de Lima.

a tener criterios teológicos y pastorales de acuerdo con el concilio. Esa instancia fue fundamental. Fue una experiencia comunitaria inolvidable: ahí empezamos a tener criterios comunes de presencia y de acción.



El cardenal Landázuri dando la Comunción en una visita a un barrio popular en 1966 (archivo de la Orden Franciscana Misionera).

De esas reuniones salió la idea de hacer, en 1969, la I Semana de Pastoral de Barriadas, a la que se invitaría también a religiosas y laicos. Esto ya era después de Medellín. Las dos primeras se hicieron en el local de las Hijas de la Caridad en Chacacayo. La tercera fue más oficial y más numerosa también. Monseñor Bambarén ya estaba encargado de la pastoral de los pueblos jóvenes y la presidió⁴. Era 1971. Esta experiencia coincidió con el comienzo de los nuevos decanatos que surgieron de la

⁴ Se realizó en el Seminario Menor cerca del puente de Los Ángeles.

Misión Conciliar. Los lineamientos para la evangelización de estos sectores empezaron a darse; una iglesia de pueblos jóvenes empezaba a afirmarse.

Aparentemente, el cardenal Landázuri no estaba ahí; pero sí lo estaba. Es cierto, no estaba físicamente, pero estaba enterado y animaba. Sabíamos que nos daba su confianza y su aliento; nos permitía crecer en libertad. Decía su opinión y escuchaba. Era un maestro de la escucha, un educador de la libertad.

1968-1979: LA EXPERIENCIA DE ONIS Y LA ACTITUD DEL CARDENAL LANDÁZURI

El posconcilio fue intenso en nuestras tierras latinoamericanas. El CELAM, después del concilio promovió una cantidad de reuniones para preparar Medellín. Se era consciente de que el mensaje conciliar llegaba a nuestras tierras en un momento de grandes cambios y búsquedas. La nueva generación de sacerdotes vibraba con esta efervescencia. No debe extrañar que por esos años surgieran varios movimientos sacerdotales en los diferentes países: México⁵, Colombia, Ecuador, Chile, Argentina, Uruguay. Fue un brote de vida que surgió espontáneamente, más o menos en la misma época, en los años entre 1965 (fin del concilio) y 1968 (Medellín). El Perú no fue la excepción. A fines de 1967 surgió la idea de reunir a los sacerdotes en búsqueda de todo el país para enterarse de lo que ocurría a escala nacional e Iglesia y así responder mejor a nuestras realidades. Al final del evento se constituyó una pequeña comisión que recibió el nombre pomposo de Oficina Nacional de Información Social (ONIS) a la que se le dio dos funciones: una ordinaria, mantener informados a todos los participantes de esa reunión y la otra, la de redactar y publicar un comunicado para expresar públicamente nuestra posición sobre todo lo que estaba ocurriendo en el país. Ese comunicado tuvo una repercusión totalmente imprevista: signo de algo que la sociedad esperaba de sus

⁵ En esa época las noticias casi no llegaban a provincias, sobre todo a los sectores más alejados.

pastores. ¡En la prensa salió como el Comunicado de los Sacerdotes de la ONIS! Eran tiempos muy diferentes a los actuales. Nadie interpretó ese comunicado como algo oficial de la jerarquía o como algo contrario a ella. Por su parte, el cardenal nunca lo tomó como un texto contestatario y paralelo a la jerarquía. Recuerdo mucho un comentario que al respecto me hizo el cardenal Landázuri y que nunca olvidaré: «Jorge, yo me doy cuenta [de] que tengo una formación tradicional y que hay muchas cosas nuevas que me interpelan. Yo soy contrario a la actitud de algunos hermanos obispos que inmediatamente prohíben o condenan. Mi actitud es diferente: yo trato de acoger lo nuevo, doy mi opinión, converso, acojo la novedad. Lo único que yo pido en estos casos es que se tenga una actitud pastoral seria y la transparencia en el actuar». Esta es, sin duda, la reacción de un hombre sabio, consciente de los fuertes cambios que ocurrían en el mundo y muy al tanto del nuevo momento posconciliar. Él también quería aprender en estos nuevos «signos de los tiempos».

Este es el testimonio que puedo dar de aquel cardenal que tanto bien hizo a nuestra Iglesia en el Perú. Tanto como arzobispo de Lima como presidente durante más de 30 años de la Conferencia Episcopal. Él permitió que nuestra generación creciera en libertad a la vez que en comunión. Él hizo posible que nos enriqueciéramos como pastores haciendo lo que tanto deseó Juan XXIII: leer los «signos de los tiempos» y, desde ahí «regresar a las fuentes» y «abrirse al mundo».